

El discípulo de la Dama Araña

Carlos Arcas Alcalá

Image not found.

Capítulo 1

En la oscuridad de la noche se deslizaba con gracia una figura femenina. Sus pies se deslizaban en silencio sobre la hierba del pequeño parque en dirección a una pequeña estructura semiderruida de color gris. La noche de luna nueva la protegía ante cualquier espectador fortuito.

-Me da igual si tienes que convertir el lugar en un infierno de sangre y fuego- Dijo la imponente voz masculina por el intercomunicador de la oreja de la figura- Pero tienes que sacar al VIP de allí.

-¿Otra vez jerga militar, Jerro? – Musitó la joven morena y de ojos verdes al micrófono - La guerra acabó como hace diez años.

-Pues más vale que te acostumbres de nuevo, si esto sale mal puede que estalle otra igual.

-No seas pájaro de mal agüero, todo saldrá bien. Corto y cierro.

Emma suspiró, en realidad no estaba tan segura de que “todo saldría bien”. Infiltrarse en un bunker científico-militar no era precisamente cosa fácil, y si había que añadir que había que sacar a un civil... la cosa se iba a poner complicada.

La mujer ocultó su melena rizada y sus rasgos bajo un pasamontañas y unas gafas de sol y con paso sigiloso se acercó a la estructura de hormigón, a primera vista parecía un antiguo túnel tren ahora tapiado tras años de desuso, pero el informante aseguraba que no era sino una de las salidas de mantenimiento para los conductos de refrigeración del bunker 01.

A pesar de la oscuridad reinante en aquella noche Emma identificó una puerta bien camuflada en uno de los laterales del túnel, unas inapreciables ranuras indicaban su localización, un examen más profundo le dijo dónde estaba la cerradura. La mujer cerró los ojos y entonó un breve cantico en voz queda, la puerta se abrió con un chasquido dejando salir al exterior una húmeda nube de vaho caliente.

Los estrechos conductos estaban saturados de humedad y de vez en cuando salía un chorro de vapor caliente de algunos de los tubos que poblaban las paredes, por suerte no había operario alguno trabajando a tan altas horas de la noche.

Tras un breve recorrido, que a ella le pareció eterno, encontró la rejilla de ventilación que buscaba. No se molestó en sacar un destornillador u otra

clase de herramienta para abrirla, simplemente entonó otro cantico parecido al anterior y se abrió sin problemas.

Saltó al interior del amplio pasillo que conducía a los niveles inferiores del bunker, sabía que a partir de allí la cosa se pondría más seria.

Era primordial que nadie la descubriese dentro, si no las consecuencias serían catastróficas. Se deslizó como una sombra por los pasillos, se movía ágil y segura buscando el ángulo muerto de las cámaras. Los guardas con los que se encontró no fueron un problema, la chica se ocultaba rápidamente tras alguna esquina o se escabullía tras ellos en un silencio absoluto. Si la misión no hubiera requerido de tal secretismo no le hubiera resultado difícil noquearlos o proporcionales una muerte rápida e incluso indolora.

Tras bajar tres plantas por los diversos pasillos y conductos entró en una de las salas de laboratorio vacías. Ahogó un gemido de asco al ver los órganos humanos que flotaban plácidamente en gran tubo de líquido verde transparente. Comprobó dos veces que la sala y sus alrededores estaban vacíos y volvió a activar el comunicador.

-Estoy dentro - susurró- Según los planos justo en el piso inferior estará el VIP.

-Esto marcha demasiado bien – le respondió el aparato- Espero que continúe así.

-Sí, yo también lo espero.

En la sala había un panel extraíble, al abrirlo la joven vio una serie de cables bien ordenados. Respiró profundamente, a partir de ese momento sabía que la alerta en el bunker aumentaría a nivel máximo. Una vez más inició un cantico y el bunker quedó a oscuras, los cables desprendían un fuerte olor a quemado y estaba fundido entre ellos, el sistema eléctrico quedó tan mal parado que ni siquiera el generador auxiliar podría hacer nada por reactivar la luz y los sistemas de seguridad.

Aunque no sonaba alarma alguna, la joven no tenía ninguna duda de que los agentes de seguridad no se estarían quietos y empezarán a peinar habitación por habitación en busca de intrusos.

Sus ojos se adaptaron rápidamente a la oscuridad tras otra de esas oraciones de palabras incomprensibles, y avanzó presurosa a través de los pasillos, solo deteniéndose para esquivar algún foco de luz de los agentes. Pronto llegó a su objetivo.

Un chico joven, más bien un adolescente, estaba sentado abrazándose las piernas en una de las esquinas de su celda. Una celda atípica, una caja de

4x4 metros de algún tipo de cristal de seguridad. El objetivo la miraba directamente a los ojos, pero su mirada pasaba entre el miedo y la resignación. Ella, al ver como el VIP la observaba directamente a los ojos en la oscuridad absoluta, se alegró profundamente.

“Jerro no se equivocaba”-pensó ella- “El chico es de los nuestros”.

El cierre de seguridad de la celda había fallado con el corte de electricidad y la puerta cedió ante el simple contacto.

-Ven conmigo, te llevaré a un lugar seguro -dijo ella ofreciendo su mano al joven, pero este no reaccionó más que para alejarse de ella todo lo posible -Date prisa, apenas tenemos tiempo. Esto se llenará de guardas en cualquier momento.

Casi como si esas palabras los hubieran invocado, los agentes de seguridad avanzaron por el pasillo en dirección a la celda, vestían chalecos antibalas reforzados con placas de metal, máscaras de gas y sujetando subfusiles tácticos, parecían muy capaces de afrontar cualquier tipo de amenaza que pudiera darse. Se movían con celeridad en la oscuridad gracias a las gafas de visión nocturna que portaban, y en abrir y cerrar de ojos ya habían asegurado todas las salidas. La joven estaba acorralada, no les tenía miedo a esos sujetos ni a sus armas, pero no podía arriesgar la vida del VIP.

-Escúchame -dijo ella agarrando el rostro del chico y obligándole a mirarle a los ojos- Crearé una distracción. Tú sube al piso de arriba y escóndete lo mejor que puedas ¿De acuerdo? ¡Escóndete arriba y no te muevas!

Nunca supo si el chico respondió, una lluvia torrencial de metralla convirtió las paredes de la habitación en una inmensa red de telarañas, no aguantaría mucho antes de romperse. Rápidamente Emma empujó al chico al suelo, e inmediatamente después salió de la celda mientras recitaba otro de sus mantras. Las balas silbaban en el aire, esta vez ella era el objetivo. Los agentes retrocedieron inseguros al ver que las balas no habían destrozado al intruso, si no que se habían desviado o habían chocado contra algún tipo de fuerza invisible que protegía al invasor.

El chico permanecía en posición fetal asustado por el infernal ruido que producían los disparos, hasta que se dio cuenta de que esta sería la única oportunidad de escapar que tendría. Por fin podría salir de una vida de cautiverio y tortura. Corrió hacia la puerta y tomo el pasillo que subía al piso superior, conocía perfectamente esa parte del complejo, le habían llevado cientos de veces allí a hacerle todo tipo de pruebas. Súbitamente cayó al suelo con un gáñido de dolor, una bala perdida le había atravesado el hombro izquierdo de lado a lado. Intentó levantarse

desesperadamente, pero otra bala le atravesó el gemelo de la pierna derecha. Se arrastró lentamente tras una esquina buscando esconderse del tiroteo.

Tras unos instantes unas inmensas llamaradas colapsaron el pasillo que acababa de abandonar, eso fue suficiente para que ignorase el dolor y se levantase, no sabía que había pasado y tampoco estaba especialmente deseoso de averiguarlo, tras dar unos pasos inseguros inició una marcha más rápida ascendiendo hacia el piso superior. Cada zancada quemaba como el mismísimo infierno, pero ya estaba acostumbrado a ese tipo de dolor, le habían disparado decenas de veces solo para ver qué tan rápido se recuperaba.

Para frustración del joven, los laboratorios estaban llenos de guardias y científicos. Le tomó unos instantes comprender que pasaba, los guardias estaban escoltando a los científicos al exterior iluminándose con simples linternas de mano, por alguna extraña razón la electricidad se había cortado, incluso las luces de emergencia estaban apagadas, y para agravar la situación una fuerte humareda venía de los pisos inferiores. Estaba claro que estaban desalojando el edificio.

Los guardias no parecían estar muy atentos al reguero de científicos, solo se dedicaban a indicar la salida de emergencia y de buscar despacho por despacho en busca de alguna persona despistada que no se hubiese dado cuenta del desalojo. El chico decidió arriesgarlo todo, intentaría camuflarse entre los científicos que andaban en la oscuridad, confiaba en que el traje de goma blanca que le hacían vestir se asemejara suficiente a la vestimenta del personal de laboratorio. Deseó fervientemente que las manchas de sangre no le delatasen.

Todo fue incluso mejor de lo esperado, se unió al reguero desde la densa oscuridad, los científicos estaban demasiado nerviosos como fijarse en él y los guardias suficientemente preocupados por aquel sospechoso corte de electricidad como para echarle demasiada cuenta al río de evacuados. Avanzaban lentamente por los pasillos, casi se le escapó un grito de júbilo al ver que efectivamente se acercaban al piso superior. El joven nunca había visto la superficie en persona, pero había oído y leído bastante sobre el tema. Sabía que estaba en un complejo subterráneo y que para llegar a la superficie solo tendría que ascender unos pocos pisos más.

Su júbilo se tornó en terror al darse cuenta que en el último piso un gran control de agentes estaba revisando a todo aquel que fuera a salir, los examinaban a conciencia, pidiéndoles sus credenciales, y comprobándolas en un ordenador portátil. Esta vez no le sería posible escabullirse en la oscuridad, la seguridad había actuado con gran celeridad trayendo un generador y varias lámparas de alta potencia que iluminaban la estancia. El chico comprendió que si seguía en el redil llegaría el momento en que la luz fuese lo suficientemente potente como para que los científicos se

percatasen que había algo extraño en él, seguramente lo reconocerían rápidamente y llamarían a los guardas.

La intensidad del dolor de su hombro y su pierna le hacía lagrimear con cada movimiento, pero al menos podía moverlos adecuadamente. Respiró hondo varias veces, se preguntó si no hubiera sido mejor el haber hecho caso a la persona que le abrió la celda y quedarse escondido en uno de los despachos. Agitó la cabeza, no tenía sentido preguntarse eso, aunque quisiera no podría salirse de la fila sin despertar sospecha. Tomó aliento una última vez e iniciando una veloz carrera se lanzó de frente hacia el bloqueo de los agentes. Cruzaría o moriría en el intento.

La gente, horrorizada, se apartaba de su camino, pero él estaba absorto en el cielo. Nunca había visto un cielo tan azul, un azul puro sin mancha alguna de nubes. En realidad nunca antes había visto un cielo con sus propios ojos, y probablemente no volvería a ver uno nunca más. En su huida suicida había recibido disparos, muchos, unos de los agentes le había vaciado casi un cargador de subfusil a quemarropa por la espalda, pero él había seguido corriendo. Corrió y corrió dejando muy atrás a sus perseguidores, corrió y corrió hasta que sus pulmones no pudieron más. Como siempre, sus heridas habían dejado de sangrar pocos minutos después de sufrirlas, pero sus pulmones prácticamente estaban destrozados. Con cada agónica respiración producía un repulsivo sonido silbante y tenía que lanzar un esputo de sangre, no aguantó más, casi guiado por un instinto primario se dirigió hacia un callejón oscuro y yació para morir.

Morgana había sobrevivido un día más de su infierno particular, no era un infierno de dolor físico y encierro. Era un infierno solitario, un infierno de miradas de desprecio, mensajes anónimos hirientes, humillaciones y amenazas veladas. Hasta ahora no se había producido daño físico, pero aun así no era menos doloroso. Morgana tenía catorce años, media poco más de metro setenta, ojos del color azul glacial, estaba bastante delgada, se podría decir que era incluso huesuda, y aun no se había llegado a desarrollar del todo. Lo que más llamaba la atención de ella era su poco común pelo anaranjado, demasiado intenso como parecer natural. No tenía una belleza despampanante y canónica como la de una modelo, a cambio tenía ese tipo de belleza de las que arrebatan el corazón con una sola sonrisa, pero la joven nunca había tenido nunca muchas razones para sonreír. En ese momento la chica se dirigía a su casa, caminaba cabizbaja, con el flequillo cubriéndole la cara, no quería que nadie viera que había llorado. Hoy había sido un día horrible, los mensajes escritos en su mesa era cada vez más amenazantes y en un momento de descuido habían utilizado unas tijeras para cortar varios pedazos de la ropa que usaba y

habían robado todo el contenido en su taquillero.

Los seres humanos son horribles, sobre todo cuando están en grupos frente a aquellos a los que temen. Morgana sabía que con una sola palabra suya toda aquella gente que abusaba de ella morirían, soñaba cada día con acusarlas, que las empalasen y quemasen vivas como ya se hizo con los humanos durante la gran guerra. Quería creer que no las denunciaba porque tenía una gran entereza moral y no por su cobardía. Se enjugó las lágrimas, se acercaba a su calle y no quería que sus vecinos cotilleasen a su costa, las chicas desgraciadas como ella siempre eran un buen tema de conversación. Un particular olor le abrió las fosas nasales, el olor se le pegaba al paladar, tenía un sabor cobrizo. Era un aroma que por alguna razón le embriagaba.

"Sangre"- pensó ella confusa.

Pero en esa zona no había carniceros ni ningún otro negocio que pudiera justificar tal fragancia. Sin poder contener su curiosidad se acercó al callejón y entonces lo vio, un chico joven desmayado sobre un cubo de basura. Llevaba un extravagante atuendo de goma blanca que se le ajustaba al cuerpo, al menos suponía que era blanca porque estaba tan empapado en sangre que no podía asegurarlo. El color de su piel era tan blanco que Morgana pensó que ya estaba muerto, un débil gorgoteo y una pequeña burbuja de sangre que se le formaba con cada respiración la convencieron de lo contrario.

-¿Te encuentras bien?- Se apresuró a preguntar ella mientras comprobaba su pulso, era muy débil, casi inexistente.

El joven abrió los ojos, pero no respondió, la chica se puso nerviosa, la gente observaba la escena desde lejos pero pronto se alejaban para no verse inmiscuidos. No sabía cómo actuar así que improvisó, le quitó la parte superior de su vestimenta, quería comprobar sus heridas con la esperanza de ser capaz de taponarlas hasta que viniese alguien que pudiera ser de verdadera ayuda, un pequeño chillido de sorpresa escapó de sus labios. Tenía decenas de heridas, ella no tenía demasiado conocimientos sobre el tema pero creía que podrían ser heridas de bala, entonces se percató de que estas no sangraban. Ella abrió los ojos incrédula, él era alguien de su propia raza.

-¿Cómo puedes seguir vivo con estas heridas? - susurró ella con voz queda - Eres un mago ¿Verdad?

El joven esta vez sí contestó, cada palabra le costaba un gran esfuerzo y era evidentemente dolorosa.

-¿Un mago? - dijo él semiinconsciente- Que tontería, la magia no existe.

Entonces se desmayó

"¿Que la magia no existe?" -se preguntó ella perpleja ¿Quién en su sano juicio podría hacer tal afirmación? Sobre todo teniendo que solo hacía diez años que terminó la guerra entre los magos y los humanos, una guerra dejó cinco mil millones de muertos, más de 70% de la población, una guerra que había destruido prácticamente todas las ciudades y que había transformado tanto el propio planeta que era prácticamente irreconocible. ¿Y ese chico decía que la magia no existía?

La chica examinó de cerca al joven, pelo negro y revuelto, muy delgado hasta el punto que las costillas se le marcaban desagradablemente, decenas de cicatrices aquí y allá, ojos ambarinos.

"Si no estuviera tan demacrado seguramente sería un chico bastante guapo" -pensó la chica sonriendo como una tonta sin darse cuenta, en realidad Morgana nunca había tenido oportunidad de estar tan cerca de un chico, de pequeña había estado aislada con su madre y luego en la ciudad... bueno, los humanos tenían sus razones para no tener mucha estima a los magos, y una bruja sin ningún tipo de poder como ella podía pasarlo realmente mal. Comprobó de nuevo las heridas, ninguna había acertado en el corazón, pero eso no justificaba que aquel joven pudiera sobrevivir a tales heridas.

"¿Cómo puede decir que la magia no existe si tiene tanto poder como para resistir esto?" -pensó ella al recordar que una vez su madre le dijo que cuanto mayor poder recorriese por el cuerpo de un mago, mayor se aferraba este a la vida. Esa era una de las pocas lecciones de magia que le había dado su madre, que pese a ser una poderosa bruja (o eso había escuchado sobre ella) siempre se había negado en rotundo a darle a su hija una formación adecuada en el tema.

Morgana agitó la cabeza para alejar a sus fantasmas y se cargó al chico a hombros con cierta facilidad. El desconocido parecía estar hecho de aire y los magos se destacaban entre otras cosas por su gran fuerza y resistencia. Cualquier sitio sería mejor lugar de descanso (o mejor tumba) que un callejón sucio y lleno de basura.

La joven bruja había llevado al chico a su casa y ahora este estaba tumbado en la cama. Ella lo miraba con desaprensión, no tenía ni idea de que podía hacer por él, ningún médico humano podría curar sus heridas y tampoco conocía muchos magos.

-No tengo otro remedio que acudir a mi madre.

Capítulo 2

Bajo sus pisadas los antiguos cráneos crujían al romperse, Rao no ignoraba qué bajo la espesa hierba por la avanzada, sus pies caminaban sobre cadáveres semienterrados, restos enterrados después de la gran guerra de terminó hacia dieciséis años, no tenía miedo de los viejos cuerpos ni de aquella única persona que los había asesinado. No tenía miedo porque se encontraba en casa.

El joven hacia poco que había entrado en la primera parte de la veintena, lucía su pelo moreno corto y despeinado, y su piel era de un pálido que podría considerarse enfermizo, pero a simple vista se veía que Rao rebosaba salud, tal vez sus ojeras le hicieran parecer cansado, pero el brillo de sus ojos ambarinos y sempiterna sonrisa lobuna le hacían ver como una persona que estaba siempre alerta.

Caminó por el verde valle, a Rao le gustó el cambio de paisaje, a pocos tras él había dejado las tierras yermas, un paisaje sin vegetación, de tierra quemada, edificios derruidos y basura abandonada por doquier. Pocos lugares quedaban en el mundo con una vegetación parecida a la que rodeaba al hogar de la persona que iba a visitar. La guerra había sido relativamente corta, apenas cinco años, pero casi destruyó el planeta por completo, los humanos tuvieron que huir de los grandes núcleos urbanos y refugiarse en los campos donde la furia de los magos parecía menos intensa, a muchos no le sirvió, casi dos tercios de la población mundial murió. Ahora los humanos vivían hacinados en pequeñas aldeas menores a cien personas sobreviviendo a base de agricultura de subsistencia y caza, aunque otros habían abandonado toda moral y se escondían en las tierras yermas hasta que encontraban algún viajero a quien asaltar. Había un tercer grupo, los más afortunados, los que vivían en una de las cinco ciudades que se construyeron después del conflicto, las cinco únicas ciudades que existían actualmente.

Rao podía ver una estas ciudades a lo lejos, Uruk era su nombre, como la ciudad de héroe épico Gilgamesh y al igual que esta se erigía en algún lugar de la antigua Mesopotamia, aunque no tenía mucho sentido pensar en geografía. No solo la gente había muerto si no que la misma tierra había cambiado.

La ciudad se escondió tras una loma llena de césped y él dejó sus elucubraciones de cómo podría haber sido el mundo antes de que él hubiese nacido, sabía que no tenía sentido pensar en un tiempo en el que ni siquiera había nacido, era como pensar en historia de fantasía.

-Por fin- susurró al ver la cabaña- Pensé que no viviría lo suficiente para volver aquí, su voz era áspera, metálica y poco armoniosa.

-Me alegra que te hayas equivocado -dijo una suave voz femenina detrás de él.

El joven no se sobresaltó, esperaba que sucediese algo parecido desde que entró en la zona de vegetación. Se giró al tiempo que hacía una reverencia a la mujer de su espalda. Ella vestía con un vestido de dos piezas verde esmeralda, sin mangas y con falda realmente corta que se ajustaba a sus muslos, un solitario guante de cuero cubría su brazo izquierdo hasta la altura del bíceps y unas largas botas, del mismo material cubrían sus piernas hasta muy por encima de las rodillas. La mujer sonreía con tranquilidad, era esa sonrisa lo único que Rao podía ver de su rostro, un gran sombrero picudo de ala ancha, del mismo tono que su vestido, le cubría el resto de sus rasgos, no evitaba que su pelo ondulado rojo sangre que le cayese sobre los hombros.

-Señora Morgen -reconoció él al tiempo que besaba la mano desnuda que ella le tendía. Tal vez señora podría parecer un término excesivo a primera vista, la mujer no aparentaba ser más que unos pocos años mayor que Rao, pero el joven no se dejaba engañar por las apariencias.

-Has cambiado mucho mi antiguo aprendiz - dijo ella sin cambiar su sonrisa tranquila, en todos los años que Rao la conocía, solo una vez le había visto cambiar el gesto – Dime ¿Ha merecido la pena el precio?

-Demasiado alto y conseguí poco -reconoció él con algo de vergüenza- Tuve que huir.

-No puedo culparte, yo misma hui de ese lugar en cuanto pude. Vayamos a mi casa, debes estar cansado del viaje.

Rao no podía negarlo, su viaje había sido largo, muy largo, desde Alemania hasta Turquía, el joven sacudió la cabeza, volvía a estar pensado de una forma obsoleta, Alemania, Turquía y el resto de países del mundo habían dejado de existir cuando apenas él había aprendido a leer. Pero le costaba deshacerse de todo el conocimiento que había acumulado siendo niño, conocimiento en mayor parte inútil y desactualizado en el mundo actual.

Morgen le guio hasta el interior de la cabaña, dentro había un ambiente acogedor con olor a romero y otras hierbas aromáticas que colgaban de las vigas de madera del techo, en el centro de la estancia había un poco de piedra, él se apresuró a sacar agua del pozo para ofrecerle un vaso a la mujer.

-No -le cortó ella rápidamente - Ya no soy tu maestra, deja que esta vez sea yo quien te sirva.

Rao se sintió incomodo al ver cómo era ella la que se disponía a servir el agua y algo de fruta variada. Durante el año en que fue su aprendiz, Rao tenía que encargarse en todas las labores del hogar. Morgen siempre bromeaba diciendo que el joven sería una buena esposa, a Morgana le encantaba esa broma y la solía repetir.

-Por cierto ¿Dónde está Morgana? - quiso saber él.

-¿Mi hija? Vive en la ciudad -Rao sintió su antigua maestra no quería hablar del tema, pero no podía asegurarlo, antes podía leer las emociones de Morgen a pesar de su poca expresividad, pero ya había perdido la costumbre- ¿Tienes algún asunto con ella?

-Me gustaría verla.

-Ya veremos, antes hay mucho de lo que hablar, han pasado cinco años ¿verdad?

El asintió como única respuesta, sabía que Morgen iba a someterlo a un interrogatorio, y el resultado diría si podía ver a Morgana o no.

-Háblame sobre tu peregrinaje.

-Muy largo, primero me dirigí al oeste hacia Estambul, solo para descubrir que toda esa zona del continente había desaparecido bajo las aguas. No había forma de llegar a Bulgaria.

-No fue el mejor de los comienzos.

-Fui confiado –suspiró él- me dejé llevar por lo que había aprendido de memoria sin pensar en que el mundo había cambiado.

-Al menos sacaste una lección de todo ello – concedió Morgen.

-Cuando vi el océano donde debía haber unos doscientos kilómetros de tierra firme no me alegré de haber aprendido una lección. No tuve otro remedio que volver hacia el oeste siguiendo la costa de Turquía hasta que Georgia. Luego atravesé sus montañas hacia el norte, Rusia, y reemprendí mi marcha al oeste. Ucrania, Polonia, Chequia y prácticamente toda Alemania hasta la Selva Negra.

-Me has dicho solo nombres de lugares... No, háblame de tu viaje.

-He visto mucha muerte, la casi toda la tierra quemada y estéril. La gente tiene miedo. Los humanos se han convertido lobos para los propios

humanos. He visto desesperanza, tristeza, hambruna y sequía. He visto guerra y esclavitud – relató en voz baja, tras unos segundos sonrió a la mujer – Pero... también he visto vida. Las cosechas crecen, las mujeres tienen hijos, algunos bosques han sobrevivido ajenos a la guerra. Todavía celebran festivales, todavía ríen y tienen ambiciones. Hay comercio, están recuperando la tecnología y conocimiento. Hay esperanza.

-Has visto mucho y has comprendido bastante – respondió ella con su voz tranquila, carente de emociones- ¿Solo fuiste un espectador Rao?

-No, he recogido cosecha, he talado árboles, he pescado. He participado en sus festivales, he hablado, bebido y hasta cantado con ellos.

-¿Cantado? –preguntó ella con su voz neutra, Rao lo interpretó como una pequeña mofa.

-El alcohol nos hace pensar que tenemos talento y poca vergüenza.

Permanecieron en silencio, ella no habló y su sombrero ocultaba sus rasgos, pero su silencio parecía decir “¿Y qué más? ¿Qué intentas ocultar tras toda esa palabrería?”

-Y he matado, para defenderme, para defender a otros... y por dinero –añadió al fin.

Otro silencio, no sabía si a la mujer le sorprendía la confesión, si ahora le estaba juzgando. No había forma de penetrar en sus pensamientos.

-¿A cuántos has matado?

La pregunta no le pilló por sorpresa a Rao. Él y Morgen habían pasado por algo parecido, ambos sabían lo perturbador que podía llegar a ser y como hacía cambiar a la gente.

-Ya las tenía antes de irme de aquí -contestó él.

-Sabes a qué me refiero. A cuanta gente has matado en los últimos cinco años.

-Más de una centena, menos de dos.

-Alguno a sangre fría.

-No.

-Alguno que no se lo mereciera.

-Más de los que me gustaría.

-Entre cien y doscientos -repitió ella pensativa- No son muchos.

Rao tuvo la educación de no mirarla sorprendido, sabía que Morgen había estado en guerras, muchas guerras y había matado a gente, mucha gente.

-Dime Rao ¿Porque has venido hasta Uruk? No es el sitio más alejado de ella, ni siquiera está oculto. Y según recuerdo en este lugar no recibirás una cálida bienvenida.

El joven sonrió ligeramente, como si le hiciera gracia la pregunta.

-Te refieres a ellos ¿verdad? -apuntó él, Morgen asintió- Ya no soy un niño, al que puedan asustar o retener.

-Y qué hay de tus amigos ¿No crees que a ellos lo puedan asustar o retener? - No era una recriminación, era una pregunta sincera, quería saber si Rao había sopesado ese aspecto.

-No tengo amigos y no vengo hasta aquí a hacerlos - dijo secamente.

-¿Y Morgana?

-Ella sabe defenderse sola, al fin y al cabo es una bruja. Y la hija de la propia Dama Muerte.

-Todavía es una niña en temas de magia- dijo Morgen negando con la cabeza- Y por favor no me llames así, pretendo olvidar ese título.

Rao desaprobaba las acciones de la bruja, pero se contuvo de externalizarlo.

-No es prudente - aseveró él - Ni lógico. ¿Sabes cuánto ha sufrido ella por eso?

La sonrisa de la mujer permanecía intacta, pero Rao sabía que había hablado imprudentemente, el ambiente se tornó asfixiante, el olor del aire tomó un aroma dulzón. El joven notaba como un hormigueo en bajo su piel, la atmosfera de la habitación estaba saturada de magia.

-No vengas aquí a decirme como cuidar de mi hija. -seguía con voz neutral, pero el joven notaba el peligro- No quiero que recorra el mismo

camino que yo ¿Acaso tú quieres eso?

-Ella y tu sois diferentes.

-Lo lleva en la sangre.

Rao quería discutirlo, tenía mucho que decir sobre el tema, pero sabía que sería inútil. Continuar solo haría más tensa la conversación, puede que incluso peligrosa para Rao. Pero incluso sin haber continuado riñendo se produjo otro silencio largo e incómodo.

-Se hace tarde- dijo Morgen tras unos minutos- Deberías ir a Uruk antes de que se haga de noche.

Rao asintió

-Lo siento, se supone que esto tendría que haber sido un reencuentro cordial- la disculpa era sincera.

-Lo sé pequeño, también sé qué crees que estoy siendo tozuda, pero es mi hija y tengo el derecho de educarla como yo quiera. No te pido que lo comprendas, te pido que lo respetes.

El joven se levantó e hizo una respetuosa reverencia antes de dirigirse hacia la puerta.

-Una cosa más – interrumpió la bruja mientras él abría la puerta- Prométeme que no le enseñarás magia a Morgana, ni hablarás de lo que has hecho, visto u oído desde que te fuiste de Uruk.

-Morgana preguntará.

-Promételo, prométeselo a tu antigua maestra.

Rao apretó los puños, no le gustaba la idea, le crearía problemas seguramente, pero no podía negarse la petición.

-Lo prometo –respondió él.

-Gracias – su rostro no cambió de emoción, pero el joven creía verla aliviada- Disfruta de tu vuelta a casa.

Capítulo 3

Rao salió de la cabaña de Morgen, él sol pegaba con fuerza, todavía quedaban varias horas antes de que cayese la noche. El joven subió a lo alto de la cota más próxima. Desde allí solo le separaban ocho kilómetros de Uruk, lo que dejaba una visual perfecta de la ciudad.

El paisaje, aunque aún le seguía resultando familiar había cambiado en sus años de ausencia. Había cosas que se conservaban, Uruk se encontraba en el centro de la explanada. Al este Ankara, la antigua capital de Turquía, ahora completamente en ruinas. Al norte se erigía la zona industrial, unida a la ciudad mediante una carretera de reciente construcción. Allí se ubicaban toda clase de infraestructuras para dar servicios a Uruk, así como fábricas, oficinas y distintos centros de investigación.

Y al oeste se extendían varios kilómetros invernaderos y ganaderías que suministraban el alimento a los ciudadanos.

Uruk había crecido, ahora media en torno a los veinte kilómetros cuadrados, y había sido fortificada con unos muros de hormigón de al menos diez metros de alto.

-¿Acaso se han preparado por si atacan los hunos? -bromeó Rao para sí mismo.

No era el único cambio remarcable, le llamó la atención una gran edificación en el centro de la ciudad, una construcción en mármol blanco que refulgía bajo la luz del sol. Rao supuso que era algún tipo de ayuntamiento o embajada.

"Bienvenido a casa ¿eh?"- pensó él-"Me pregunto si este podrá ser un hogar para mí".

El joven inició el trayecto a la ciudad. Sin contar las granjas, el terreno era completamente yermo, no crecía ningún tipo de vegetación más allá de ralos parches de hierba y matorrales raquíticos. El calor del sol junto el calor que desprendía la tierra quemada y cuarteada ponían de mal humor a Rao.

El joven no pudo evitar fijarse en los trozos de hueso que salían de una porción de tierra, Rao se tomo un par de minutos para examinarlo, eran huesos humanos. No tardó mucho en averiguar la causa de la muerte. Un proyectil había perforado el cráneo dejando echo un desastre la parte posterior de este. Tras un examen rápido de los alrededores vio desde donde se había realizado el disparo. El perímetro de Uruk estaba controlado por torres defensivas, edificaciones de unos diez metros de alto

y unos seis metros de diámetro. Cada torre estaba separada dos kilómetros una de la otra. No había comprendido la función de las torres a primera vista, le parecían silos con una extraña ubicación. Pero ahora que había visto la marca de disparo, hizo una segunda evaluación, los alrededores de la torre estaban protegidos con alambre de espino y cuchilla. Incluso podía ver el brillo del rifle que le estaba apuntando en esos momentos.

Si querían dispararle ya lo hubieran hecho, así que prosiguió su camino. Para llegar a las puertas de la ciudad, tendría que pasar por al lado de varias torres. Siempre podía hacer un rodeo, pero perdería mucho tiempo y carecía de sentido. Cuando llegó a la primera una voz de le detuvo.

-No se ven muchos viajeros solitarios por aquí – le gritó una voz desde lo alto de la torre – Suba, tengo agua y comida.

La sequedad de las tierras baldías hacia que le picase la garganta, y ya llevaba unos cuantos kilómetros andados bajo el sol, así que aceptó la invitación. En la base de la torre, había una puerta de metal, parecía bastante gruesa, se abrió automáticamente con un chirrido. Unas escaleras angostas le dirigieron hasta la cima. Allí le esperaba el francotirador, vestía con un ancho abrigo de color tierra que le protegían del sol y de la arena que arrastraba el viento y unas gafas de aviador de color oscuro que le protegían los ojos. El tipo se quitó el abrigo y las gafas, dejando al descubierto un uniforme gris oscuro con un emblema ovalado sobre el pectoral izquierdo.

El emblema representaba al planeta tierra rodeado de un anillo de plata donde se podían apreciar las iniciales CMG en letras doradas, en la parte superior del emblema aparecía escrito “Ciudad de Uruk” y abajo se leía “Control de Magia Gubernamental”.

-Mi nombre es Letto, toma asiento, estarás cansado y sediento.

La torre contaba con escaso mobiliario, dos sillas, una mesa, una pequeña nevera que estaba enchufada a un silencioso generador y un par de jarras de aluminio. También contaba con unos sacos de arena y el rifle francotirador que descansaba apoyado en uno de los ventanales que le daban al agente una visión de tiro de 360° alrededor de la torre.

-Rao - respondió el a modo de presentación al tiempo que tomaba asiento.

-Es un nombre curioso, no lo había escuchado nunca.

-Tiene cierta historia.

Rao examinó al agente, parecía de su misma edad, no mucho más de veinte años, pelo y ojos castaños, ningún rasgo remarcable. Letto sacó una botella de aluminio de la nevera y sirvió agua en ambas jarras.

-Siento curiosidad, como ya te he dicho no hay muchos viajeros solitarios por aquí, solo se ven comerciantes o carroñeros, pero nunca solos ¿De dónde vienes?

-Del oeste, del bosque negro.

-¿Dónde está eso?

-En Alemania, cerca de la frontera con Francia.

El agente silbó una exclamación.

-Eso está como a miles de kilómetros de aquí. ¿Te diriges a Uruk o continuaras hacia el este hasta Zijin?

-Uruk estará bien por ahora. Yo también siento curiosidad ¿Por qué no me has disparado cuando has tenido oportunidad?

Esa pregunta cogió por sorpresa al agente. Su mirada reflejaba su perplejidad.

-Solo disparamos a los carroñeros si vemos que tienen intenciones de atacar una caravana ¿Por qué piensas que tendría que haberte disparado?

“¿Ya se han olvidado de mí en el CMG? ¿O será que este chico es un despistado?”- pensó Rao – “No parece una trampa ni que tenga malas intenciones, pero es mejor no confiarse”

-Dijiste que te parecía sospechoso.

-Me parece extraño que viajes solo, pero supongo que tendrás tus razones.

Rao asintió, se había arriesgado mucho ahondando en el tema.

-Veo que no eres demasiado hablador –dijo con cierta desilusión Letto tras unos minutos de silencio - ¿Estás pensando entrar en la ciudad o permanecerás en Ankara?

Rao dio un buen sorbo a su jarra, hacía tiempo que no bebía un agua tan fría, eso mejoró su humor.

-Entraré en Uruk ¿Debo pensar en esto como en un interrogatorio?
Pensaba que estas preguntas me las harían en la puerta.

-Nada más lejos de la realidad- respondió Letto negando energéticamente con la cabeza- Como ya te he dicho sentía curiosidad y pensaba que podría aconsejarte.

-¿Aconsejarme?

-Si pretendes entrar en la ciudad directamente te será difícil, Uruk tiene normas muy estrictas respecto a ese tema. Solo se permite entrar a la ciudad bajo ciertas circunstancias especiales. Los magos y brujas pueden pasar libremente, los humanos deben demostrar que poseen cierto patrimonio, creo que eran unos mil oros. Creo que también puedes pasar si demuestras que tienes un trabajo y una casa en la ciudad. Si no cumples los requisitos será mejor que continúes hasta Zijin, la siguiente gran ciudad o te quedes en algún pueblo bien fortificado. Te desaconsejo que entres en la periferia, y si debes entrar permanece siempre lo más cerca de las murallas que puedas, es la zona más segura, si es que ese nido de delincuencia tiene alguna zona segura.

-Parece que han aumentado mucho la seguridad... todas estas torres defensivas, las murallas de la ciudad...

-Vaya, hablas como si no fuera tu primera visita a Uruk ¿Hace cuánto que no viajas hasta aquí?

-Unos cinco años.

-Desde hace unos tres años las cosas están complicadas fuera de la ciudad, los carroñeros cada vez tienen menos miedo y son más agresivos. No ha quedado otro remedio que tomar medidas.

Rao se asomó por uno de los ventanales, se preguntaba si, en cada uno de las numerosas torres que podía ver, había otro francotirador montando guardia. Entonces se dio cuenta de que algo no le cuadraba en el paisaje, había algo que faltaba.

-Recuerdo que había una pequeña aldea por aquí. Es más, recuerdo que Uruk tenía al menos una decena de aldeas a su alrededor. No veo ninguna de ellas.

El rostro de Letto se ensombreció

-Fue antes de que instaláramos las torres – musitó el agente – De la noche a la mañana los carroñeros se pusieron como locos y empezaron a arrasarlo con todo. Robaron lo que les cabía en las manos y el resto lo quemaron. Y eso incluye a los habitantes de las aldeas. Por eso pienso

que no es conveniente que viajes solo

-Agradezco la preocupación, pero es innecesaria. Ahora si me disculpas continuaré mi camino, pretendo llegar a la ciudad antes de que anochezca.

-Espera, mi turno está a punto de terminar y tengo una motocicleta aquí abajo. Si esperas podría llevarte hasta la puerta.

A pesar de las sospechas de Rao aquello no era ninguna encerrona, ni ningún método de retenerlo. Tras una breve charla sobre el estado de los caminos llegó el relevo y Letto cumplió su promesa.

Entrar en la ciudad no le supuso ningún problema, en un principio lo habían encerrado en una pequeña habitación de paredes de hormigón desnudo, apenas había espacio para la mesa y las sillas. Le habían puesto allí con la intención de hacerle un breve interrogatorio. El agente encargado de ello no había tenido tiempo de formularle ninguna antes de que una alta figura de más de dos metros entrase en la habitación. Vestía una túnica negra con capucha que le ocultaba gran parte del rostro.

Inmediatamente Rao se dio cuenta que esa figura no podía ser humana, las manos que le sobresalían de las anchas mangas estaban retorcidas y arrugadas, como si estuvieran momificadas y su rostro estaba por completo descarnado. Rao lo reconoció como un jinete parca, una raza de criaturas con cuerpos alargados y marchitos y un cráneo cadavérico. Ellos eran los únicos capaces de montar un Draugh criaturas que se asemejaban a los caballos, pero con sustanciales diferencias, como los cuernos, los dientes afilados y grandes garras en lugar de pezuñas. Los jinetes parca se alimentaban principalmente de magia pura y solían hacer trabajos para los magos a cambio de sustento. Su sensibilidad a la magia les hacía perfecto para la detección de magos no registrados.

-Dejadle pasar – dijo la criatura una voz de ultratumba que encajaba con aspecto – El olor no engaña, es un mago.

El agente se encogió un poco ante la presencia de la criatura y no discutió. En lugar de eso fue salió de la habitación y volvió al poco tiempo con un formulario para registrar a Rao en el censo de magos. El joven notaba que el agente no estaba demasiado contento con tener un nuevo huésped con habilidad para la magia en la ciudad.

Los tramites duraron apenas una hora, pero fue suficiente para que el anochecer le cayese encima. No llevaba equipaje, tampoco tenía lugar donde alojarse, pero eso no le preocupaba demasiado. Lo primero era deshacerse de esa ropa.

Capítulo 4

El sonido del timbre resonó en la casa provocando que Morgana diese un respingo. No solía recibir visitas y mucho menos cuando ya había caído noche. Se miró en el espejo, su pelo, naranja como la cascara de una calabaza y cortado a capas hasta la altura del cuello, estaba hecho un caos con mechones apuntando en todas direcciones. Vestía un camisón gris viejo y desgastado, bastante cómodo, con estampado de un gato negro. Y su casa tenía un aspecto tan lamentable como ella misma, todo estaba fuera de su sitio, los platos se apilaban en el fregadero y la basura se había acumulado más tiempo del prudencial. Incluso sus ojos azul glacial estaban ligeramente enrojecidos por la falta de sueño.

“Será alguna vecina”-pensó ella, mientras intentaba sin éxito atusarse el pelo que había decidido declararse en rebeldía - “Intentaré darle largas lo más rápido posible”.

Abrió la puerta apenas una rendija, impidiendo que se viese nada del interior, y asomó la cabeza para ver al visitante.

Estaba segura que no era nadie del edificio, era un chico joven de unos veintipocos, rostro agradable y tez pálida marcada con oscuras ojeras. Su pelo corto, negro y brillante, estaba peinado sin orden aparente pero no se veía mal en conjunto. Lo que más sorprendía a Morgana era el elegante traje negro que ataviaba y el ramo de coloridos lirios que portaba. El joven le sonrió, una sonrisa dulce, pero al mismo tiempo depredadora, y clavó su mirada ambarina directa a los ojos de la joven

“Esos ojos...”-Morgana solo había conocido a una persona con el mismo tono amarillo anarajando en el iris- “¡No puede ser!”

-¿Rao? -preguntó ella sorprendida abriendo la puerta de par en par. Él asintió sin dejar la sonrisa.

Morgana reaccionó lentamente, primero miró las ropas del joven, luego el ramo de flores, seguidamente a sus propias ropas y terminó girando la cabeza viendo el desastre que invadía su casa. Cerró la puerta con tal violencia que casi se salió de los goznes, inmediatamente después abrió la puerta de sopetón y arrebató las flores al mago, el rostro de la chica estaba invadido de rubor y volvió a cerrar la puerta.

Él juraría que Morgana había musitado “un momento”, pero tan bajito que no podía estar del todo seguro. Ese “momento” dejó a un perplejo Rao esperando frente a la puerta cerrada durante diez minutos, él tiempo que tardó Morgana en esconder todo el caos en otra habitación y adecentarse

un poco mientras no dejaba de maldecir entre dientes.

La puerta se volvió a abrir justo cuando el joven se iba a dar por vencido. Esta vez Morgana había cambiado el viejo camisón por un vestido con volante y encaje negro, se había colocado a su vez un sombrero picudo para ocultar su falta de éxito para peinarse tan precipitadamente. El rubor no había desaparecido de su rostro.

-Ha pasado tiempo – dijo Rao para romper el silencio, la chica simplemente había abierto la puerta, pero no había dicho nada, simplemente lo observaba con sus grandes ojos azules llenos de incredulidad. Ella continuó sin contestar, quería decirle mil cosas, pero nada surgía de sus labios - ¿Qué tal te ha ido? ¿Todo bien?

-¡Cinco años! ¡Cinco malditos años! ¿¡Y te presentas aquí como si nada!?

No le faltaba razón a Morgana. Él había desaparecido de la noche a la mañana, sin dar una sola explicación.

-Supongo que tienes razones para estar enojada –suspiró él.

-¡Claro que estoy enfadada! – exclamó ella – Te fuiste sin despedirte y durante todo este tiempo no te has dignado a una visita, o a enviar una carta ¿Qué esperabas? ¿Qué me lanzase a tus brazos nada más verte?

Él titubeo, sin saber muy bien que responder. Rao tenía razones para no haberse comunicado con la joven bruja, pero no podía explicárselas. La chica suspiró profundamente abandonando su ceño fruncido y abrazó afectuosamente a Rao.

-Mira que puedes llegar a ser insensible, no te hubiera costado nada dar muestras de que seguías vivo – se quejó ella – Pasa dentro, prepararé un té. Así me dirás que era eso tan importante que estabas haciendo como para olvidarte de mí.

Rao tomó asiento en un sofá del salón mientras la chica preparaba el té en la cocina, el asiento era bastante incomodo, no tardo en averiguar el porqué, debajo de los cojines se hallaban escondidas más de una decena de prendas de ropa. El joven decidió hacer como si no hubiese visto nada.

La joven bruja tataraba alegremente mientras hervía el agua, todavía no podía creerse que Rao estuviera allí, cierto es que tenía razones para esta enojada con él, pero no podía evitar que le saliese una sonrisa. La verdad era que él había cambiado bastante, físicamente no tanto, quizá ahora fuese ligeramente algo más alto de lo que recordaba, y desde luego era más musculoso que la primera vez que lo conoció. Pero el cambio más notable era su presencia, cierto era que había titubeado al ver su enfado,

pero el resto del tiempo parecía lleno de confianza, clavaba sus ojos sin temor y su sonrisa era bastante diferente a la tímida sonrisa de antaño. Sin hablar de que iba elegantemente vestido y le había traído flores! Casi estaba dispuesta a olvidar su larga ausencia solo por eso.

-¿Y bien? – instigó ella al tiempo que servía las tazas.

Rao sabía que era imposible evitar esa conversación por mucho que se hiciese el tonto, tarde o temprano tendría que decirle algo. Pero la promesa hecha a Morgen le impedía contar la verdad.

-Supongo que te refieres a que he estado haciendo es tiempo ¿verdad? – ella asintió y le hizo un gesto apremiante para que continuase – Siento decepcionarte si esperas alguna buena historia. Simplemente estuve tres años entrenando con otra maestra.

Decidió mezclar un poco de realidad en su mentira.

-¿Y ya está? – dijo ella incrédula – ¿Tres años y los puedes resumir con una sola frase?

-Vivíamos en una cabaña en el bosque, no nos relacionábamos mucho con la gente del pueblo cercano. De vez en cuando compraba víveres, pero las relaciones con los humanos eran tensas. No tengo muchas anécdotas que contar.

-Entonces ¿allí no tenías ningún amigo con el que te llevaras bien? – tras un momento de inseguridad – ¿o alguna amiga?

-Me temo que solo estábamos la maestra y yo. Supongo que si me pongo a pensar puedo encontrar una anécdota divertida, pero no era muy común, el estudio requería mucho tiempo.

-Que lastima –se compadeció ella aunque se sentía algo aliviada, cosa que le hacía sentirse culpable - ¿Y ya has terminado? ¿Vuelves a Uruk?

-Sí, ya he terminado mi aprendizaje – Rao se sentía mal por tener que mentir, pero al menos Morgana tenía tantas ganas de creerle que no preguntaba detalles – Puede que mi maestra me requiera para algún asunto de vez en cuando, pero no será pronto.

-No suena muy divertido la verdad, pero aun así siento algo de envidia. Me encantaría tener una maestra particular y que me enseñase magia – una sombra triste se apoderó de su rostro- No entiendo porque mi madre se niega a entrenarme. ¿Crees que es porque piensa que sería una pérdida de tiempo?

-No creo que sea por eso, pero seguro que tiene alguna razón para ello.

-Si tiene alguna razón podría decírmelo, puedo cambiar o entrenar lo que haga falta –se quejaba ella- Simplemente no es justo, todos los padres magos entrenan a sus hijos.

-No les des más vueltas, no puedes obligar a nadie a enseñar si este no quiere.

-Igual que no puedes enseñarle a una madre a querer a su hija.

-No seas injusta, Morgen te quiere... a su manera.

-Lo que me parece increíble es que tu conozca mejor a mi madre que su propia hija, solo con eso ya tengo razones suficientes para estar enojada –dio un tremendo suspiro, e inmediatamente su ojos se volvieron radiantes- Pero eso ya da igual, este año entraré en la universidad arcana y allí estudiaré hasta convertirme en toda una bruja.

-¿Universidad arcana? – preguntó Rao con curiosidad.

-Realmente te has pasado años en un bosque incomunicado ¿eh? Aunque eso tampoco es excusa, la inauguraron hace cuatro años y por esa época ya estabas en Uruk.

-Siempre he estado en Uruk – dijo el con una sonrisa burlona.

-Quiero decir... mmm... en el exterior... -Morgana estaba incomodándose con aquel tema- Tú ya me entiendes.

-Sí, lo sé, solo bromeaba. Cuéntame en qué consiste esa universidad arcana.

Ella recuperó el buen humor al instante y empezó a hablar con entusiasmo.

-Es un sitio dedicado a la enseñanza de las artes mágicas, allí enseñan todo lo necesario para convertirte desde cero en un mago con sus papeles reglamentarios. La enseñanza dura cinco años y cada año se estudian materias diferentes. No se diferencia mucho de una escuela normal solo que... todo es más mágico.

Rao aguantó la risa por tan extraña descripción.

-Ahora que lo pienso –continuó Morgana - ¿Cómo es que no lo conoces? Se supone que los jinetes parca deberían informa a todos los aprendices. La asistencia a la universidad es obligatoria para todos los aprendices

mayores de edad.

Se podían catalogar a los magos o brujas en cuatro niveles, aprendices, que dura desde el inicio del estudio de la magia hasta que un maestro te da el visto bueno, el aprendizaje suele durar entre tres y seis años, dependiendo del maestro y del alumno.

El siguiente nivel sería el de mago o bruja, este nivel no tiene un periodo de tiempo determinado, para pasar al siguiente se debe a vencer en combate singular a un maestro, aunque según había oído Rao también existía la posibilidad de hacer un examen especial. La mayor parte de los magos y brujas no pasaban de este nivel.

Después estaba el nivel maestro, muchos dirían que este es el culmen puesto que acceder al siguiente nivel se considera algo completamente excepcional digno solo de unos pocos.

Y el último nivel, el de Sabio o Dama, solo aquellos que alcanzan a ser legendarios son invitados a este grupo. Solo hay siete Sabios, el número de Damas es más numeroso, pero se desconoce, puesto que algunas de ellas no se saben si son reales o forman parte de la leyenda.

Hay quien dice que hay un nivel intermedio entre maestro y el más alto, que dura desde el momento que se adquiere la maestría hasta que vas adquiriendo el poder y la fama necesarios para ser invitados. Durante este proceso el propio nombre del mago o bruja se va perdiendo y se va dando a conocer solo por su sobrenombre. Como en el caso de la famosa cazadora "la bruja escarlata".

-Supongo que sería porque ya estaba bajo el cuidado de una maestra – contestó Rao, aunque lo más probable era simplemente que el lugar donde se había alojado no era fácil de acceder ni de encontrar – Supongo que ser aceptada en la universidad son buenas noticias para ti.

-Es lo que siempre he querido – declaró ella con una sonrisa radiante – Ya me he hecho cuatro vestidos y tres sombreros para lucirlos allí.

"¿Que tendrá que ver la ropa con la magia o los estudios?"- se preguntó Rao, aunque no se sorprendía demasiado, a las brujas les encantaba que sus ropas anunciaran lo que eran. Solían vestir sombreros picudos, botas altas y vestidos o túnicas, muchas veces para remarcar el efecto se hacían acompañar de gatos negros o pequeñas criaturas mágicas.

-Entonces ya habrás empezado a practicar por tu cuenta ¿no? – dijo él.

Morgana se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice y ahogó

un suspiro en un gesto de exasperación.

-Sinceramente, no es tan fácil como esperaba –se quejó ella- No tengo ni idea de como empezar. He leído una y otra vez la teoría, pero...

Rao se levantó del asiento y se dirigió a la estantería donde descansaban los libros de Morgana. No eran muchos, pero estaban ajados por el uso, al abrir uno al azar descubrió que estaban llenos de anotaciones y de dudas apuntadas a los márgenes. No solo había libros sobre la magia en el mueble, también se mezclaba con libros de fantasía de antes de la guerra. Pero hubo una serie de tomos bellamente encuadrados que le llamaron la atención.

-“Los viajes de la Dama Araña” –leyó Rao en voz alta al tiempo que cogía uno de los tomos. Se caía a trozos, sin duda la bruja lo había releído decenas de veces.

Morgana rió nerviosa, mientras quitaba el libro al joven de las manos y lo volvía a colocar en la estantería.

-¿Te gustan? – preguntó él, intentando que su voz sonase natural.

-Supongo que sí –respondió con un ligero rubor- Te sonará infantil, pero creo que cualquier bruja soñaría con ser como la legendaria Dama Araña.

Rao sintió una punzada en el corazón al oírlo y sintió la urgencia de responder, pero no ahondó en el tema.

-Cuando esté en la universidad trabajaré muy duro- aseguró Morgana sacando el tema de la nada.

“¿Realmente Morgana debería aprender magia?” –se preguntó él- “Está entusiasmada, ya sé que es la ilusión de su vida, pero... Morgen tiene sus razones para no haberle enseñado nada”

-No me cabe duda –asintió Rao, su humor se había agriado, esperaba que su amiga no lo notase- Creo que debería irme ya antes de se haga más tarde.

-¿Tan pronto? Si quieres podrías quedarte esta noche... Quiero decir... No tienes sitio donde quedarte ¿no?

Rao observó la pila sucia de platos y orden de la habitación apenas aceptable y luego le lanzó una mirada Morgana diciéndole “¿Realmente quieres me quede?”. Ella lo comprendió rápidamente y las mejillas se le volvieron a llenar de rubor.

-Te llamaré cuando me asiente – se despidió Rao.

Capítulo 5

Las ramas del oscuro bosque le azotaban la cara en su huida, su piel y músculos desgarrados manaban sangre que dejaban un claro rastro para sus perseguidores. El joven se paró y descansó unos breves instantes apoyado en un árbol y susurró palabras sin sentido justo antes de iniciar la carrera a máxima velocidad.

Apenas veía el camino, sus lágrimas le enturbiaban la vista y la escasa luz de la luna apenas se filtraba a través de las frondosas copas de los árboles. No lloraba por el dolor de sus laceraciones, si no de puro terror, y no miedo de sus perseguidores sino de algo que había dejado mucho más atrás. Un mal antiguo y cruel que disfrutaba del dolor y la muerte.

Otra parada, el tiempo justo para volver a decir las mismas palabras sin sentido y calmar un poco su pulso, no debía perder tiempo, pero si no paraba sentía que su corazón iba a estallar en su pecho.

Siguió atravesando el bosque hasta llegar al claro que era su destino, en ese claro es donde atraparía a sus enemigos, los guiaría a una trampa, o eso pensaba él. El lugar estaba envuelto en una densa niebla que ocultaba todo excepto un intenso aroma a sangre y carne quemada, caminó a tientas hacia el centro.

Una ligera brisa helada se llevó la niebla, el joven cayó de rodillas gritando por la horrible escena que contemplaba; todo el claro estaba lleno de cadáveres, algunos estrangulados, otros asquerosamente hinchados por ahogamiento, cuerpos desjarretados, picas clavadas en el suelo con los empalados, ennegrecidos esqueletos calcinados, envenenados con sus pieles de enfermizos colores... cientos de las caras de la muerte.

Recobró la compostura el tiempo justo para darse cuenta que todos los cadáveres eran como clones de sí mismo, de igual aspecto incluso en el más mínimo detalle, todos los cuerpos representaban las muertes que podría haber tenido el joven en aquellos últimos años.

El joven ahogó el grito al ver como de cada cuerpo surgían arañas, miles de ellas, y todas se congregaron a escasos metros de él; los arácnidos se amontonaron hasta formar una columna de tamaño de una persona, entonces empezaron a fusionarse en un solo ente con forma de mujer.

Es difícil imaginarse una criatura tan bella como la que se erguía ante él, vestida con un elegante y largo vestido negro de tela tan vaporosa que parecía eterea, su piel era pálida como la luna, el cuerpo delgado y de aspecto delicado estaba lleno de sensuales curvas, su pelo, del color de

una noche sin estrellas, liso y sedoso, caía suelto hasta su cintura.

Sus labios sensuales de un suave color violeta formaron una fría y calmada sonrisa mientras sus ojos grandes y almendrados, de un antinatural color rojo sangre, se clavaban en el joven.

-Que aprendiz más díscolo-dijo la hermosa mujer de una forma tan sensual que al joven se le erizaron los pelos incluso en esa situación- No importa qué, no dejaré que te vayas de mi lado. Serás mi sirviente hasta el día de tu muerte.

Capítulo 6

Rao se despertó con un grito ahogado, estaba empapado en su propio sudor, se arrastró fuera de la cama y se sentó en el suelo respirando pesadamente.

“Sigo soñando con ella después de tanto tiempo”-pensó el joven con una sonrisa de desprecio a sí mismo-“No sé qué será de mí el día que me encuentre, pero puede que sea mejor que esta situación de tensión constante”.

Clavó las uñas en uno de sus brazos hasta que pudo desterrar la sensual voz a un lugar escondido de sus recuerdos. Algunas veces se maldecía por ser incapaz de olvidar nada.

Tras calmarse se levantó y miró el calendario, sábado doce de enero del año veintiuno, un día especial para la vida muchos jóvenes magos, no tanto para Rao, el día de la ceremonia de apertura de la Universidad Arcana de Uruk.

Dos semanas después de conseguir una casa uno de los jinetes parca había aparecido ante su puerta y le había comunicado que era su deber acudir a la universidad y que en breves días tendría que hacer las pruebas de acceso. Rao estaba dispuesto a fallarlas todas, no estaba especialmente ilusionado en acudir allí. Las pruebas serían al día siguiente de la ceremonia de apertura, al parecer debería haberlas hecho hacía meses, pero habían hecho una excepción especial con él puesto que lo habían pasado por alto. Podrían haberse ahora las molestias.

Se vistió en silencio con unos vaqueros desgatados, una camiseta blanca y una sudadera negra y se dirigió al baño, el espejo le devolvió el reflejo de una mirada taciturna, muy penetrante, alrededor de los ojos la piel tomaba un tono más oscuro dando una profundidad tenebrosa.

-¿Por qué tengo una pinta tan siniestra?-se lamentó con una sonrisa- Van a tomarme por un apostata.

Si su mirada era escalofriante, su sonrisa no se quedaba atrás, una sarcástica mueca sempiterna que parecía reírse. Era el tipo sonrisa de aquellos que han vivido mucho en poco tiempo, aquellos que habían caído del infierno y habían salido por sí mismo, de aquellos a los que la vida les había torturado y arrebatado tanto que ahora eran incapaces de empatizar con los problemas de la gente y que siendo lobos curtidos en los inviernos más fríos y en las hambrunas más agudas ahora vivían en un rebaño de felices ovejas sin preocupaciones.

Preparó el desayuno para una sola persona, vivía solo en la casa, un pequeño edificio de una sola planta; un salón-cocina, un cuarto de baño y tres habitaciones, el salón por un lado daba salida al exterior y por el otro a un pequeño patio de césped. Lo que más le gustaba a Rao es que la construcción estaba bien emplazada, a escasos minutos de la calle principal, el equilibrio perfecto entre tranquilidad y el acceso a todas las comodidades del corazón de la ciudad. La vivienda carecía de color o adornos, todos los muebles seguían la misma estética, de aspecto cúbico con aristas pronunciadas y colores blancos y negros, en cierta forma era elegante, pero no habían sido esas las pretensiones de Rao, simplemente buscaba la austeridad.

Bebió el café, negro como el petróleo y sin azúcar, degustando cada sorbo, el café era uno de los muchísimos vicios del joven y uno de los más difíciles de conseguir. Para amenizar el desayuno encendió la televisión sintonizando las noticias.

No todo era gloria y comodidad en la ciudad de Uruk, aunque estaban refugiados de los carroñeros, así se solían llamar a los tan típicos asaltadores de caminos de las tierras baldías, la ciudad también tenía sus peligros. En esta ocasión la presentadora hablaba con gravedad sobre los escasos detalles que había dado la policía sobre el último crimen escabroso. La nueva víctima hacía la número quince, como en todos los demás casos una chica joven. La policía no daba más datos sobre las víctimas o la naturaleza de los crímenes.

Rao sentía curiosidad por tanto secretismo, sobre todo porque cuantos más detalles morbosos tuviera una noticia, mayor cobertura solían darle.

Cuando terminó el reportaje miró el reloj de la pared de la cocina, eran las 9:00 am, la presentación era a las 10:00 am, pero había quedado con Morgana para ir juntos a la ceremonia de inauguración, no había tenido oportunidad de verla desde que se presentó en Uruk, había estado demasiado ocupado haciéndose un hueco en la ciudad.

“Espero que no se lo tome a mal” –pensó él, no albergaba muchas esperanzas. Ni siquiera había hablado en persona con ella, solo había dejado un mensaje.

Decidió que lo mejor sería asegurarse de llegar temprano,

Su barrio era un lugar tranquilo, apenas había residentes y las calles estaban vacías, hacía tiempo que los edificios estaban reconstruidos pero no había suficiente gente con dinero en la ciudad como para llenarlos. Cientos de personas malvivían en Ankara, los restos de la antigua ciudad, que aún conservaba edificios medio en ruinas y si se tenía suerte se podía encontrar algún objeto anterior a la guerra. Pero la periferia, como vulgarmente se llamaba a Ankara, era un lugar incluso peor que las

propias tierras baldías que la rodeaban, pues era donde los carroñeros iban a gastar su botín, algunas personas vivían en esa zona sin ley hasta conseguir suficiente dinero para permitirse el pase a Uruk. La mayor parte no lo conseguiría, acabarían asesinados por la misma gente con las que comerciaban. La vida era cruel para los menos afortunados.

Al contrario que el barrio de Rao, la avenida principal rebosaba vida, las casas que estaban alrededor habían sido las primeras ocupadas por la gente adinerada, todo era más bullicioso y había un sinfín de tiendas de todo tipo pero todas de cierto caché. La vida de la ciudad se concentraba allí, se podía medir el poder personal de una familia simplemente midiendo a qué distancia estaba su hogar de la avenida.

Recorriendo aquella avenida apenas tardaría unos minutos para llegar a las puertas de la universidad arcana, pero había algo en el ambiente que le inquietaba. No era un sentimiento de peligro inmediato, o al menos eso pensaba Rao. Era más bien una mala sensación como cuando uno olvida si ha cerrado bien la puerta de casa. Por una extraña razón no se hallaba cómodo en la multitud y sin saber muy bien porqué tomó un desvío por la red de callejuelas de la ciudad. Se dejó llevar en cada una de las bifurcaciones sin ser del todo consciente hacia donde le dirigían. El joven nunca podría asegurar si era por un capricho o una atracción involuntaria, es más, nunca se lo plantearía a lo largo de su vida. Sin embargo, tras unos cuantos desvíos dejó de notar esa extraña sensación. Agitó la cabeza y se apretó las sienes.

“Rao, tienes tiempo de sobra, pero no te despistes”- se regañó así mismo, que tomaba el camino de vuelta a la avenida principal- “Morgana se enfadará de verdad si llegas tarde”

Caminaba metido en su propio mundo, pensando cómo se excusaría ante la bruja por las semanas en las que apenas había dado señales de vida, pero su hilo de pensamientos se rompió al ver a un pequeño grupo bloqueando la calle por la que discurría su camino.

Eran tres hombres, hacían corrillo alrededor de una cuarta persona de menor tamaño, llevaban ropas viejas, rasgadas y sucias, y aspecto desaliñado.

“Basura de la periferia”-reconoció Rao-“¿Qué hacen dentro de la ciudad?”

Los habitantes de Ankara no eran solo pobres gentes que querían mejorar su calidad de vida, eso más bien eran una minoría. Lo más común en la periferia eran los delincuentes, contrabandistas, gente demasiado holgazana para trabajar los campos y lo suficientemente maliciosa como para vivir del trabajo ajeno. Normalmente no se acercaban a Uruk, pero de vez en cuando alguno lograba evitar las patrullas o incluso sobornaban a los guardias con tal de acercarse al centro o a la zona

residencial, nunca con ninguna buena intención. La apuesta de los carroñeros que practicaban esas pequeñas incursiones a la ciudad era muy arriesgada, era fácil conseguir un buen botín, pero el precio si los pillaban podría resultarles demasiado caro. Al fin y al cabo, Uruk era una ciudad gobernada por magos y los magos no se destacaban por su misericordia y piedad ante los humanos.

Decidiendo ignorar la presencia de aquellos individuos, el joven continuó con su camino, sea lo que fuere lo que los había arrastrado a la ciudad, no tenía nada que ver con él propio Rao. Apenas unos pasos más tarde descubrió que la cuarta persona no era más que una niña.

La chica era muy joven, quizás de unos trece años, delgaducha, rubia con el pelo hasta la mitad de la espalda y una piel tan pálida como la del propio Rao, iba vestida una especie de traje de plástico o goma muy ajustado y que dejaba poco a la imaginación, aunque por desgracia la chica no tenía demasiados atributos que marcar.

Aun estaba a una buena distancia, pero su agudo oído de mago le permitía entender la conversación del grupo.

-¿Por qué no quieres venir?-decía uno de los delincuentes que tenía agarrada a la muchacha por el brazo -¿Acaso piensas eres demasiado buena para nosotros?

La mirada de la chica era dura, puro granito, miraba a esos hombres con evidente desprecio.

"Esa es una buena mirada"- otorgó Rao con algo de admiración, a la chica le temblaban las manos, estaba acorralada y lo sabía, pero aun así podía mantener tal mirada.

-Tíos, de verdad que no soporto a la gente de la ciudad -dijo otro tipo, luego abofeteó la mejilla de la niña para que dejase de retorcerse. Posiblemente le gustase el sonido porque repitió la operación varias veces y luego la empujó con fuerza contra la pared. La chica perdió el aliento con el impacto, pero el fuerte agarre del carroñero la mantenía en pie- Se creen que por vivir aquí son los dueños y señores del mundo.

-Deja de jugar y vamos a llevárnosla, nos darán un buen precio por ella - aseguraba otro entre risas mientras levantaba aún más a la niña agarrándole de su pelo casi platino- Por una rareza como está el viaje habrá valido la pena ¿Gordo Jhon sigue comerciando con niños?

-Que va, hace semanas que le dieron matarile. Pero Pete El Raro, sí que pagará por una chica tan joven.

-Joder Bro, mira que eres sádico – rió el compañero- Pete El Raro destroza a las mujeres, hace poco vi a una de sus chicas, casi vomito.

La chica ignoró la conversación y los golpes recibidos y les dedicó una sonrisa despectiva y algo ensangrentada. Eso le premió con un nuevo puñetazo en el estómago, que la dejó jadeando en busca de aire.

-¡No te reirás tanto cuando estés con Pete! En comparación con lo que él te hará esto te parecerán caricias ¡Vivirás en mundo de dolor hasta mueras!

La chica volvió a sonreír, un pequeño hilo de sangre y saliva le recorría del labio hasta la barbilla.

-¿Dolor? ¿Qué sabrás tú del dolor? –rió ella, su voz sonaba todo lo ronca que puede sonar una chica tan joven- Yo te enseñaré lo que es el verdadero dolor, he aprendido de los mejores ¿Crees con venderme estarás a salvo? ¿Qué no me volverás a ver?. Todo el mundo duerme, todo el mundo tiene un descuido...

En ese momento los ojos de la chica se posaron en los de Rao que observaba divertido la escena, la sonrisa pasó a un pequeño llanto.

-Déjenme, por favor –sollozó la niña con voz asustada infantil- Que alguien me ayude.

Rao se había a contemplar la escena, a aquella pequeña chica y su voz cargada de odio, con un sentimiento cercano a la admiración. Lo había disfrutado como una película que cumple exactamente con tus expectativas. Pero la magia se había roto al instante, con ese cambio de rol inesperado e incoherente de la actriz principal.

-¿Qué pasa? –dijo aquel que habían nombrado Bro con voz seca y amenazante-Tu cabeza de chorlito ha caído ya en lo que te espera a partir de ahora

-Me quiero que ir ya -continuó sollozando la chica.

Si la chica buscaba la ayuda no podía encontrar peor salvador que Rao, que había perdido el interés por completo en la escena y había retomado el camino.

“Aunque seas una chica no te voy a ayudar, no tienes nada que ver conmigo”-pensó de nuevo el joven. El joven odiaba a la gente dependiente, le habían enseñado que aquellos que no podían vivir por sí mismos, no tenían derecho a seguir vivos. Se lo habían esculpido en sus

huesos con sangre-“Cuida de ti misma”.

Cruzó por detrás de los individuos haciendo caso omiso del evento y el grupo ignoró también al joven, estaban concentrados en la niña.

El carroñero, harto ya de perder el tiempo, tiró de la chica dispuesto a echársela al hombro, ella se zafó del forcejeo y empujó al tipo directamente contra Rao con tanta violencia que ambos cayeron al suelo.

El resto del grupo se rieron por la caída y la reacción de la chica, y entre todos la sujetaron contra el suelo manteniendo una rodilla encima de su cuello. Rao se levantó y se sacudió con tranquilidad, luego dirigió una mirada cargada de ira a la chica, las manos se le crisparon y los músculos se le pusieron en tensión. A pesar de ver a la chica en tales apuros no pudo evitar una punzada de ira, estaba completamente seguro que lo había empujado en su dirección intencionadamente para involucrarle en el asunto.

“Solo es una niña”- intentó tranquilizarse Rao- “Ha sido un accidente, no un ataque”

Agitó la cabeza para sacarse de la cabeza la idea de castigar a aquella joven por su imprudencia y continuó su camino sin incidentes. O al menos esa era la pretensión del joven. El tipo que había chocado con él parecía no querer dejar pasar el accidente, agarró a Rao y lo atrajo para quedar cara a cara.

-¿Qué cojones haces aquí capullo? -gruñó rabioso el agresor- ¿Quién coño eres?

-Bro, no le dejes escapar, no quiero que nos delate antes de que salgamos de la ciudad-exclamó uno de sus compañeros- Además tiene pinta de engreído, dale una tunda.

-¿Acaso te parezco una niña que no te arrancará las entrañas si le pones mano encima? -preguntó Rao divertido.

Rao apartó las manos que le sujetaba de un manotazo y se dispuso a marcharse nuevamente.

Se felicitó a si mismo por su capacidad de autocontrol. Pero de nuevo notó un agarrón que le dio la vuelta y notó como un puño impactaba limpiamente contra su pómulo.

-iLos pijos de la ciudad sois de lo más engreído! He vivido toda mi vida en las tierras baldías y en el extrarradio ¿Crees que las amenazas de un

imbécil sirven de algo?

El golpe le hizo girar la cabeza, pero nada más, ni siquiera se tambaleó o retrocedió un paso. El camorrista iba a lanzar otro golpe, pero se retuvo un instante al ver la sonrisa siniestra que le dedicaba el joven. Esa pequeña vacilación fue todo lo que Rao necesitó, se impulsó hacia delante agarrando al tipo por el cuello y con la otra mano le atrapó y retorció hasta la luxación la mano derecha, un movimiento que había practicado cientos de veces, y lo estrelló contra una pared cercana. El resto del grupo se quedó paralizado al ver el movimiento, había sido increíblemente rápido, y ahora aquel chico estaba levantando a un hombre de unos ochenta kilos con una sola mano.

El camorrista intentó zapsarse dando golpes con la única mano, pero ya era demasiado tarde para él. Rao empezó a murmurar, sus palabras sonaban extrañas y hablaba demasiado rápido, incluso para él mismo era imposible comprender que salía de sus labios. El apresado se agitó con mayor violencia y la fuerza de sus gañidos fue incrementándose. De su cuello, justo por donde el joven le agarraba, empezó a salir un humo negro y el desagradable hedor de la piel quemada, apenas un segundo después se oía chisporrotear de la grasa que pasó a ser el siseo de la sangre vaporizándose. Los demás abandonaron la presa de la chica, sacaron sus navajas y empezaron a retroceder atemorizados cuando vieron que aquel tipo iba cerrando cada vez más el cerco de su mano hasta que no nada que cercar. La cabeza de Bro, el carroñero, cayó al suelo por un lado y el cuerpo por el otro, las heridas de la decapitación habían sido cauterizadas por una fuente de calor extremo. Uno fue lo suficientemente valiente (o estúpido) como para intentar apuñalar a Rao por la espalda, el joven cogió la cabeza de suelo y empezó a golpear a su agresor con ella, no paró hasta que ambas cabezas no fueron más que pulpas sanguinolentas. El último fue más inteligente y huyó, pero no demasiado lejos, Rao estaba completamente embriagado de violencia, le dio alcance el apenas cuatro zancadas, esquivó el golpe de navaja lanzado a ciegas, logró coger la mano de arma y tras romper la muñeca se hizo con la navaja. La sonrisa de Rao se ensanchó cuando la cuchilla llegó al cerebro del camorrista a través de su frente.

El taciturno joven se miró con enfado las manos manchadas de sangre y se maldijo a sí mismo, a ese paso le iba a ser imposible convertirse en un ciudadano normal. Se intentó limpiar las manos con la ropa del tipo que había recibido la trepanación casera, pero fue inútil, la sangre no se quita tan fácilmente, Rao se concentró, esta vez no dijo palabra extraña alguna pero la sangre desapareció de sus manos. Miró a su alrededor para ver si había alguno más escondido o algún mirón que pudiera causarle problemas, no había nadie excepto la chica.

“Una chica realmente sospechosa”-pensó Rao que acababa de sorprender a la niña observando a los cadáveres con sonrisa satisfecha- “Será mejor

que no me descuide”.

Cuando la chica se percató de que aquel joven la estaba mirando sonrió con inocencia, pero al instante se lo pensó mejor y empezó a hacer pucheros. Rao bufó molesto, tenía enemigos, muchos más que amigos, y no le gustaba la idea de que se dedicaran a ponerle trampas. Y esa niña apestaba a trampa.

-Señor, me ha salvado la vida- dijo ella con un insoportable tono infantil, había escuchado la conversación que habían mantenido ella y los carroñeros era fácil deducir que estaba poniendo voz de falsete para parecer más joven aún – Los hombres malos querían venderme como esclava.

-No recuerdo haberte salvado- respondió secamente él- Ahora piérdete.

-Señor, aún sigo en problemas -continuó la chica que se había acercado lo suficiente para que Rao pudiera ver sus rasgos – Ayúdeme por favor, usted puede contra los hombres malos.

El joven la abofeteo con fuerza por puro instinto, levantó a la chica del suelo por el pelo y la obligó a mirarle a los ojos. La joven le miro con odio con sus grandes ojos del color de un cielo despejado, el golpe le había abierto de nuevo el labio, un nuevo reguero de sangre le recorría del labio a la barbilla, la bofetada había sido con mucho más potente que cualquiera de los golpes que le dieran aquellos hombres. Rao tuvo tentación de abofetearla otra vez al ver esos ojos, el iris tenía forma de una punta de flecha mirando hacia abajo, los bordes estaban aserrados y la pupila era vertical como la de una serpiente.

-¿Que hace aquí un dragón?-siseó Rao zarandeándola.

-¿Un dragón? ¡No soy un dragón! Soy Alisa -contestó ella con una voz que había perdido todo su molesto tono infantil, la chica empezaba a comprender que tal vez Rao no fuera un príncipe de los que rescatan damas en apuros- No te atrevas a ponerme la mano encima otra vez, monstruo.

-¿Me llamas monstruo, “ojos de dragón”? - preguntó divertido mientras examinaba a la chica que se resistía como una anguila. - Vigila la lengua si no quieres que me la coma.

Tal vez la chica pensó que la amenaza era real por lo que se quedó completamente quieta. Él aprovecho para examinarla más atentamente, los dragones no tenían ojos azules, ni tampoco los bordes de la pupila eran tan irregulares. Seguramente se trataba algún ímplate, alguna manipulación, o de algún accesorio de moda. No lo sabía ni le importaba. Para finalizar pasó un dedo por los labios heridos de la chica y tras unas

palabras en aquel idioma extraño se cerró el pequeño corte. El joven sintió una sensación extraña al hacer el conjuro, no le había supuesto esfuerzo alguno y tenía una vaga sensación de satisfacción.

-¿Que has hecho?- preguntó Alisa sorprendida al dejar de sentir dolor.

-No eres demasiado despierta, te he curado con magia. -dijo él divertido por la expresión confusa de la chica- Es lo que hacen los magos.

-La magia no existe – aseguró ella – Son trucos para niños.

La convicción con la que lo dijo y los extraños ropajes que vestía le decían que algo andaba mal con esa joven.

-¿De qué bunker has salido tú?- preguntó él en medio broma.

-Del 03 -contestó ella ojiplatica y completamente inmóvil- Del bunker 03.

Rao maldijo entre dientes, de entre todas las chicas desvalidas que podía encontrarse en una ciudad, tenía que encontrarse a la más peligrosa.

-Vete de aquí y no me crees problemas -advirtió el joven con una mirada escalofriante- Ni si te ocurra acercarte a mí.

-Pero me están persiguiendo...- pero se dio cuenta de que le hablaba al aire, el joven que se había declarado como "mago" había desaparecido.

Bueno, desaparecido no era la palabra correcta, simplemente se había ido corriendo. Rao se regañó, en teoría un ciudadano decente tendría que socorrer a alguien en apuros, y a la tal Alisa le sobraban los apuros. Pero que Rao la ayudase podría suponerle a la chica más problemas que beneficios.

La carrera le llevó de vuelta a la avenida principal y se perdió entre el gentío.

Notó que todo el mundo le miraba y se apartaba de su camino, estaba acostumbrado a ello, normalmente la gente se asustaba de sus ojos penetrantes y su sonrisa maligna, pero solían disimular más al apartarse. El reflejo de un escaparate le dio la respuesta que quería, tenía la cara manchada de sangre, se la intentó limpiar con la sudadera pero solo consiguió restregarla por toda la cara así que tuvo que recurrir de nuevo a un conjuro.

Las dos mujeres caminaban a toda prisa por la avenida principal de Uruk, las gentes se apartaban como muestra de deferencia. La más alta, Kisara, era casi tan alta como un hombre, vestía un provocativo atuendo, de cuero negro muy ajustado, que dejaba ver un prominente escote y su vientre plano. Llevaba el pelo recogido en un elaborado moño de donde escapaban unos seductores mechones que le cruzaban por su rostro de rasgos severos acentuados por unas pequeñas gafas de montura rectangular, tenía su voz firme y autoritaria, al oírla uno sentía la necesidad de enderezar la espalda y prestar atención.

La otra se llamaba Emma, a pesar de los tacones de sus botas altas apenas llegaba al metro setenta, tenía el pelo moreno y cortado a la altura del cuello, su rostro, de ojos grandes y verdes, era mucho más alegre y jovial que el de su compañera, su túnica de color castaño apenas le llegaba la mitad de unos muslos bien torneados

-Quedan veinte minutos para la ceremonia -advirtió Kisara mirando su reloj- Y tenemos que estar allí diez minutos antes.

-Llegaremos a tiempo- contestó Emma quitó importancia a ese hecho con un gesto de mano. Uruk no es una ciudad tan grande.

-¿Quién me mandaría a mí acompañarte a desayunar?- se lamentaba Kisara- Sería una vergüenza que unas maestras llegasen tarde. El director se pondrá hecho una furia.

-No te oí quejarte mientras te dabas un festín – rió Emma- No seas tan seria maestra Kisara. Yo me encargo del director.

-Se oye por ahí que sois muy buenos “amigos”-comentó dando especial énfasis en “amigos”.

-No me gustó nada ese tomo, Jerro y yo solo... - no pudo aclarar cuál era exactamente su relación con el director de la universidad arcana. Las prisas, los tacones y el tránsito urbano nunca han sido los mejores amigos.

Emma cayó al suelo tras chocar con Rao, el joven miró con furia a la maestra y una sonrisa malvada se formó en su rostro, pero consiguió controlar sus impulsos y se volvió a encaminar hacia el gentío.

-¡Tú! ¿Adónde crees que vas?- exclamó la maestra Emma- Ayúdame a levantarme.

Rao rió siniestramente viendo los esfuerzos de la mujer al intentar levantarse con unas botas con tan altos tacones. Al final lo consiguió, pero

no gracias a la ayuda del joven.

-¿Acaso no te educaron como es debido?-preguntó indignada por la sonrisita del chico.

-Depende de a quien le preguntes – contestó él- No tuve una educación clásica.

-Emma, déjalo -cortó Kisara.

-Te vendría una lección de modales- continuó la más bajita ante el silencio despectivo.

-¿Y quién tendría que dármela?- respondió Rao con descaro.

-Cuida tus palabras ¿Sabes con quien hablas?

-Con dos señoras que no saben vestirse acorde a su edad- respondió el joven.

Rao sonrió ante el enojo de la maestra Emma, era por todos sabido que las brujas solían utilizar encantamientos para modificar su aspecto, eso hacía que brujas de más de ochenta años parecieran tener apenas veinte años. Se solía decir que cuanto más bella era una bruja más poderosa era.

-¿iComo te atreves!?- exclamó incrédula dispuesta a darle la lección prometida, pero Kisara la calmó posando una mano sobre su cabeza.

-Llegaremos tarde- regañó Kisara mientras arrastraba a su amiga.

Unos metros más tarde Emma consiguió librarse, pero aquel joven tan maleducado había desaparecido.

-¿Por que me has retenido?-gruñó la bruja morena.

-Ese tipo me da mala espina... esos ojos... esa sonrisa... no es buena idea acercarse a ese tipo de gente.

-Venga ya Kisara, yo también se poner cara de loca.

-Pero tú no tienes las mangas de la sudaderas empapadas en sangre- apuntó ella dejando muda a su compañera.